

La asimilación de la filosofía sartreana en Japón: el caso de la literatura preexistencialista de Kenzaburo Oé

Cuadernos CANELA, 27, 9-23

Recibido: 14-VIII-2015

Aceptado: 15-XI-2015

Publicado, versión impresa: 14-V-2016

ISSN 1344-9109

Publicado, versión electrónica: 14-V-2016

ISSN 2189-9568

© El autor 2016

canela.org.es

Benito García - Valero

Universidad de Alicante, España

Resumen

El artículo analiza el impacto de la filosofía existencialista sartreana en dos novelas tempranas de Kenzaburo Oé: *La presa* (1957) y *Arrancad las semillas, fusilad a los niños* (1958). La clase intelectual japonesa de la posguerra recibió con entusiasmo las premisas de este sistema filosófico francés, si bien el existencialismo hubo de adaptarse a las condiciones culturales y religiosas japonesas, de raigambre budista y sintoísta. En esta ocasión, en un ejercicio de literatura diferencial, analizamos cómo Oé filtra en su literatura elementos de su tradición cultural cuando asimila el existencialismo sartreano, pues incluye imágenes de la naturaleza y de la sexualidad, más acordes con el componente vitalista del sintoísmo que con la filosofía sartreana.

Palabras clave

Literatura Comparada, existencialismo, Kenzaburo Oé, posguerra, corporalidad

Introducción

La prolífica carrera literaria de Kenzaburo Oé condensa los temas que más apasionaron al sector intelectual japonés del siglo XX, especialmente al que quería distanciarse del nacionalismo previo a la Segunda Guerra Mundial y se preocupaba además por traspasar las fronteras nacionales y alcanzar al lector global. El movimiento inverso ya se había producido cuando Oé y los de su generación recibieron las ideas y técnicas de la literatura occidental, afluencia iniciada con la reapertura de Japón al mundo a mediados del siglo XIX. La voz de Oé consolidó su presencia en Occidente, finalmente, a partir de que se le concediera el Premio Nobel de Literatura en 1994, hecho que potenció los estudios sobre la obra de este autor en el ámbito internacional¹. Si bien Kenzaburo Oé recogió el legado de varias figuras imprescindibles de la literatura mundial, el producto que el japonés ofrece al globo no es una mera recreación de los modelos asimilados. Sus obras resultan familiares a cualquier lector occidental por su temática, sus referencias culturales y sus procedimientos, pero sin perjuicio de una latente raigambre japonesa que actúa tras todas ellas, y que parcialmente modifica a los componentes culturales importados del extranjero. El existencialismo francés fue la corriente que más incidió sobre su producción temprana (desde sus primeras novelas, escritas una década después del fin de la Segunda Guerra Mundial, hasta

Una cuestión personal, escrita en 1964), y aunque Oé escuchó palabra por palabra todo lo que Sartre tenía que decir a la humanidad en aquel desastroso momento de la posguerra, las obras de este período demuestran que el autor, en su plena conciencia de intelectual comprometido, escogía lo que a su juicio era más adecuado para la sociedad en aquel tiempo, desechando otras características del existencialismo que poco o nada podían solucionar. El resultado es un híbrido sumamente interesante que resulta elocuente para todos los lectores que deseen cultivar una conciencia social y política activa en la posguerra.

El existencialismo sartreano permitía a la humanidad, indefectiblemente traumatizada tras la última guerra mundial, definirse de nuevo en su relación con el mundo. Situaba la esencia del hombre en un momento muy posterior a su nacimiento. Concebía que cada ser humano alcanza realmente el estatus de hombre/mujer cuando así decide comportarse, relegando a cada sujeto la tarea de formular un *projet* vital propio y único. El nacimiento no garantizaba nada, porque los seres humanos, como cualquier otro ser orgánico, somos entes *viscosos*, despojados de significado, meras contingencias surgidas por un –probablemente desatinado– azar. La tarea de la conciencia, o del para-sí, como la llama Sartre siguiendo la fenomenología de Husserl, era la de enunciar qué era efectivamente *ser* humano en un proceso que se alejaba de nuestra realidad natural básica para otorgar toda la importancia a la imagen mental e intelectual que nos creáramos de nosotros mismos. La posibilidad *redentora* de este movimiento radica en creer que no hay nada preestablecido ni determinado por la naturaleza: somos libres para configurarnos como queramos. Poco importa que hayamos atravesado el conflicto bélico más mortífero y criminal de la historia si nuestro deseo es definimos como seres humanos capaces de vivir en sociedades pacíficas.

Todas estas directrices alentaron los ánimos de varios literatos japoneses del momento como Kobo Abe, Hiroshi Noma o Kenzaburo Oé, quienes vieron en la corriente francesa la posibilidad de reformular la realidad japonesa, gravemente mancillada por el resultado de la guerra y por el desenlace nuclear al que fue sometida.

En este artículo exploraremos el proceso de implantación del existencialismo en las primeras novelas de la literatura de Oé, que configuran lo que podríamos denominar su etapa preexistencialista. Nos centraremos en estas primeras obras porque permiten una permeabilidad de conceptos tradicionales japoneses al dominio existencialista que ha sido menos abordada por los estudios críticos de Oé. Señalaremos, por tanto, las peculiaridades derivadas de dicha traslación del existencialismo a Japón, sometida tanto a la fuente sartreana como al espíritu tradicional de religiones presentes en Japón –concretamente, al sintoísmo y al zen–. Haremos así un ejercicio de literatura comparada y emplearemos su metodología para reconocer la genialidad de las propuestas del premio Nobel en el crítico período de la posguerra japonesa. En la aplicación del sistema filosófico francés a la literatura japonesa partiremos del concepto de literatura diferencial (Chaitin 1998), por lo que destacaremos las alteraciones y disimilitudes del existencialismo japonés frente al original francés. Nuestra aproximación comenzará con unos comentarios de la difícil relación entre el sustrato filosófico-religioso tradicional japonés y el existencialismo, para después

analizar dos novelas preexistencialistas clave en la producción de Oé, *Shiiku* (1957) y *Memushiri Kōchi* (1958), en las que se plasman las consecuencias de ese choque de perspectivas doctrinales.

1. El existencialismo y las doctrinas tradicionales japonesas: experiencias disímiles de la contingencia

Hacia la mitad del siglo XX, Japón ya casi había cumplido un siglo de intercambio con las culturas de Occidente, con clara predominancia de Norteamérica, Inglaterra y Centroeuropa. Será desde el mandato del emperador Meiji (1868-1912) cuando el país se abra de nuevo al mundo y comience una época crucial para el inicio de las relaciones internacionales. En apenas tres décadas, Japón había deglutido, en algunos casos de forma superficial, los distintos organigramas sociopolíticos occidentales, destacando entre ellos el parlamentarismo prusiano, el sistema de formación militar o la cultura empresarial capitalista, en un afán por igualar su presencia y poder al nivel de las potencias occidentales. Desde ese momento, no deja de recibir influencias que no solo repercuten en el ámbito político o social, pues con ellas viajan las corrientes artísticas más importantes del mundo occidental. Décadas después, tras la derrota del imperialismo de corte teocéntrico que Japón había desarrollado hasta la Segunda Guerra Mundial, el país vuelve a reabrirse —esta vez más forzado aún que en 1868— al panorama occidental, si bien desde un espíritu nacional hendido y humillado.

Estas eran las condiciones propicias para que el existencialismo arribara a tierras niponas. Tras el gran conflicto bélico, Japón debía reinventarse, aunque muñado por las directrices estadounidenses, vencedores de la contienda. De repente, el ciudadano japonés fue informado de que la divinidad de su emperador estaba saldada con una simple firma de renuncia², de que el sueño del imperio japonés se había desvanecido y, además, como colofón final, se había detonado por primera vez en la historia un bombardeo nuclear sobre sus dominios geográficos de consecuencias apocalípticas para la mentalidad de aquel entonces. Estas circunstancias harán del existencialismo una doctrina atractiva para la clase intelectual del país, ya que proponía como fundamento de la existencia una nihilización del pasado que permitía al individuo (y a la suma de estos como sociedad) redefinirse de nuevo en la relación consigo mismo y con el mundo. El axioma existencialista «la existencia precede a la esencia» ayudaba a recomenzar y a dejar atrás todo lo que había causado el horrible desenlace de la guerra y su participación en ella: el sistema imperial. Una filosofía tan racionalista como la sartreana desbancaba mitos ancestrales y legitimaba la concepción de la sociedad japonesa desde unos parámetros nuevos, que a primera vista redimían al país de sus pecados previos. Sin embargo, ¿cabría pensar que el existencialismo de origen francés se desarrollaría en Japón tal cual lo concibió Sartre? ¿Estas aportaciones a la filosofía japonesa se producirían sin resistencia alguna?

A través de la literatura de Kenzaburo Oé podemos ver el proceso de acogida del existencialismo durante la década de los 50, años en los que el autor se formaba en la Universidad de Tokio en Literatura Francesa. Culminará sus estudios con una tesina sobre *La edad de la razón*, ejemplo central de la praxis existencialista de Sartre. Cuando leemos las primeras obras de Kenzaburo Oé —una primera etapa puede

situarse entre 1957 (año de publicación de *La presa*) y 1964 (año de *Una cuestión personal*)– reconocemos una evidente inspiración existencialista, herencia de la literatura sartreana sobre la que el autor japonés estaba trabajando en la universidad.

No obstante, de la misma manera que encontramos similitudes, también descubrimos disimilitudes que alejan al autor japonés de Sartre y lo acercan, curiosamente, a algunos presupuestos básicos del sintoísmo y del budismo, tradiciones filosóficas y espirituales del archipiélago nipón que fundamentan sus peculiaridades culturales.

Una primera mirada a la cuestión revela las tremendas diferencias que separan al existencialismo de la filosofía japonesa, influida por el sintoísmo. Este sistema de pensamiento, de orígenes prehistóricos y que Falero (2007) caracteriza como «filosofía natural», propone una integración en el medio natural como garantía de felicidad y prosperidad. Por el contrario, Sartre siempre abominó de la naturaleza por considerarla un ente sin sentido, *viscoso*, carente de valor más allá del que le atribuya el hombre, eje del mundo natural porque posee la conciencia (o el ser-para-sí) que otorga sentido a las cosas. La naturaleza en sí está desprovista de importancia, y de hecho, antagoniza con el ser humano puesto que este se diferencia fundamentalmente de ella en su racionalidad. Esta oposición al mundo, especialmente al natural, constituía un ingrediente clave en las culturas occidentales desde que fue implantado en los albores de la modernidad occidental. Contra esta visión peyorativa de la naturaleza, ligada al pragmatismo y utilitarismo propio del capitalismo más liberal, tanto el sintoísmo como el budismo (muy conocida por ello resulta su variante zen) reservan a la naturaleza el trono de la autenticidad, de la espontaneidad y de la creatividad. En ningún momento estorba a la labor del hombre, sino que la dirige y la inspira en pro de una armonía integral que funde al universo con todos los seres que lo habitan. Ambas posturas coinciden, sin embargo, al calificar de *contingente* la existencia del mundo, aunque lo hacen con intereses distintos: para el existencialismo, el mundo es contingente y, además, innecesario (Elders 1977, p. 17); por este motivo, la existencia mundana no tiene sentido alguno. Por otro lado, para la tradición japonesa, como explica el taoísmo contenido en el zen, el mundo también es contingente, pero concebirlo en términos de *necesidad* es irrelevante, pues al fin y al cabo es el hombre el que ha de adaptarse y fluir con sus propias condiciones naturales.

La mentalidad japonesa lo expresa bien a través de la expresión *sono mama*, literalmente traducida como «tal cual es» o «de esa manera». Según este concepto básico en el pensamiento y en el lenguaje cotidiano japonés, debemos observar y aceptar las leyes que rigen la realidad para estar en armonía y en crecimiento con ella.

Frente al protagonista que lucha contra su naturaleza en las novelas de Sartre, el héroe existencialista de las obras de Kenzaburo Oé acaba asimilando la realidad (biológica) que fundamenta su propia existencia. Ese es uno de los casos de impermeabilización de la cultura japonesa para con el existencialismo, proceso que se observa diáfananamente en *Una cuestión personal* (1964), obra que supone el culmen del existencialismo sartreano en el autor japonés.

2. La etapa preexistencialista de Kenzaburo Oé

La formación de Kenzaburo Oé en letras como estudiante de Literatura Francesa en la Universidad de Tokio le permite acceder a las últimas corrientes filosóficas y literarias del país galo. El escritor se entusiasma con las nuevas ideas de Sartre, llega a afirmar que escribe bajo su sombra (Slaymaker 1997, p. 181) y escribe una tesina sobre la imagen en la literatura del filósofo. Es, por tanto, un ejercicio sencillo rastrear sus huellas a lo largo de toda la producción literaria de Oé. Ya en una de sus primeras novelas (*Shiiku*, traducida como *La presa*), que consiguió el premio Akutagawa en 1957, el existencialismo cuaja y se convierte en una piedra angular para toda su producción posterior.

El conjunto de novelas que hemos calificado como preexistencialistas supusieron el arranque literario de Kenzaburo Oé en plena posguerra, circunstancia que favorece la intromisión del aspecto bélico en el trasfondo de las mismas. Nos centraremos en *La presa*, ya aludida, y en *Memushiri kōchi* (traducida como *Arrancad las semillas, fusilad a los niños*; referida como *Arrancad* en adelante), ejemplos ideales de las primeras utilizaciones que Oé realiza de la corriente filosófica francesa.

2.1. La doble cárcel del ser

En *La presa*, su obra revelación, Oé aborda el conflicto causado por el accidente de un avión del ejército americano, estrellado en territorios aledaños a una remota aldea japonesa. Por hallarse en tiempos de guerra, los aldeanos deciden recluir al único superviviente, un piloto de raza negra, en un sótano a la espera de órdenes de los órganos superiores. Sin embargo, para el hijo del aldeano en cuyo sótano se habilita la cárcel, la llegada del preso es un acontecimiento maravilloso, percepción favorecida por su ingenua infancia. El resto de sus amigos también se muestra tremendamente excitado, de manera que la narración se centra en los aprendizajes que los pequeños van adquiriendo ante el encuentro de un ser que se les antoja fantástico. El argumento da pie a que afloren los temas más propios del autor, y que Yasuko Claremont (2009, p. 19) señala como el salvajismo, el vasallaje y la traición, la persecución y el conflicto individuo-sociedad, motivado por el enfrentamiento entre el instinto espontáneo y los imperativos sociales que constriñen la libertad individual. El cariz existencialista de esta última observación es evidente, pues prefigura el terror que el sujeto siente, según el existencialismo, ante la mirada del *otro*, que le hace avergonzarse y actuar de forma distinta a la que su conciencia pretendía.

El encuentro con el piloto negro influirá en las moldeables vidas de los niños, provocándoles una profunda crisis que desembocará en una decisión trascendental. Cuando el niño protagonista escucha que el prisionero será enviado a la ciudad y allí ejecutado, ha de atravesar por un duro proceso en el que aprenderá que su nuevo compañero no pertenece a su mismo mundo, y deberá enfrentarse, en total soledad, al trauma de separarse de su *juguete* en circunstancias acremente dolorosas en las que el para-sí (su conciencia) descubrirá los límites de su libertad.

La soledad y el aislamiento del individuo hallan su correspondencia metonímica con la soledad y el aislamiento de la aldea, sita en un valle rodeado de

montañas. El valle como entidad aisladora es un *leitmotiv* en la obra de Oé que repite aparición en *El grito silencioso* (1967) o *M/Ty la historia de las maravillas del bosque* (1986). También el valle es el entorno geográfico que acoge la acción de la otra novela preexistencialista que analizaremos, *Arrancad*, donde se acentuará la alienación que los *otros* imponen a los niños protagonistas³, ahora explícitamente sometidos a la autoridad incuestionable de los adultos. Si bien los infantes protagonistas de *La presa* habrán de atravesar situaciones traumáticas, los de *Arrancad* se enfrentarán a condiciones aún más adversas, por su condición de marginados sociales, internos en un orfanato desalojado ante los continuos bombardeos del ejército norteamericano, y reubicados provisionalmente por las autoridades competentes en una aldea perdida en las montañas como refugio. El conflicto surge cuando los aldeanos desconfían de estos nuevos allegados, considerados seres *asociales* y carentes de educación, y vuelcan sobre ellos toda la frustración y la tensión acumuladas durante la guerra. A modo de premisa existencialista, Slaymaker (1997, p. 200) marca cómo a los muchachos se les recuerda constantemente la forma en que son vistos y despreciados por los adultos, algo que evidencia la apertura de la novela:

En aquella época en que los adultos enloquecidos se rebelaban en las calles, se daba la paradoja de que había verdadera obsesión por encerrar a quienes todavía tenían la piel suave, o apenas les despuntaba un poco el vello en la entrepierna, porque habían cometido alguna fechoría sin importancia o, simplemente, se consideraba que mostraban “tendencias asociales” (Oé, 1958, p. 13).

Los nuevos allegados serán encerrados en un templo abandonado (metáfora de una espiritualidad totalmente ausente) y se les obligará a trabajar, principalmente, en la limpieza y entierro de un gran número de cadáveres de animales exterminados por una epidemia que llevará a los adultos a abandonar la aldea. El detonante es el fallecimiento de una mujer aldeana afectada por la enfermedad. Los niños serán dejados a su suerte en el valle emponzoñado, de cuyos límites no pueden salir debido a una barricada instalada por los lugareños.

Más allá del aislamiento que Sartre postula para todo ser humano en su trayectoria vital, Oé articula una doble represión de las conciencias de los protagonistas en estas dos tempranas novelas: aislados físicamente en un pueblo enclaustrado en un valle y sometidos a un confinamiento feroz por las decisiones de los adultos –los *otros*– que gobiernan a estos niños.

En el caso de *La presa*, la libertad es cohibida por cumplir las órdenes militares de trasladar al prisionero de la aldea a la ciudad, y en el caso de *Arrancad*, la coacción es más evidente al aislar físicamente a los niños en una aldea azotada por una peligrosa plaga mortal. Esta doble cárcel ejecuta la triste realidad de unos niños con una libertad tan mermada que resulta sorprendente la viveza y la frescura con la que actúan, haciendo gala de un vitalismo natural y espontáneo de resonancias sintoístas. En *La presa*, a pesar de conocer la condición de reo del soldado, los niños son los únicos habitantes de la aldea que se acercan a él y le invitan a participar en sus juegos.

Análogamente, la comunidad protagonista de *Arrancad* toma el control de la aldea abandonada y enseguida se repone del asombro causado ante su confinamiento

para comenzar su nueva vida en un sistema autogestionado: los niños organizan la comida, surge un líder natural, que es el protagonista, trabajan, juegan, ríen, llevan a cabo rituales (entierran a la mujer abandonada) y festividades (como «la fiesta de la caza», realizada para celebrar con bailes la caza del faisán), son solidarios entre sí, no surgen grandes conflictos entre ellos: «Dado que compartíamos la misma situación y el mismo sentimiento, ¿por qué tenía que haber discrepancias entre nosotros?» (Oé, 1958, p. 65) y no entienden el mal ajeno. Además, se establecen rápidamente firmes lazos de identidad entre los niños, para quienes compartir el mismo destino les supone razón de inclusión y de agrupamiento, a modo de identidad colectiva. El narrador confirma con estas palabras el lazo de unión entre ellos: «En aquellos tiempos de muerte, de locura, parecía que sólo [sic] los niños éramos capaces de establecer estrechos lazos de solidaridad» (Oé, 1958, p. 15).

Oé reconoce en estos gestos la infinita capacidad creadora del para-sí una vez que reconoce su cruda realidad. La actitud de los niños –sobre todo en *Arrancad*– es un ejercicio de libertad dentro de su reducido margen de actuación, y podría remitir al *projet* que Sartre entendía como tarea central de la conciencia humana, cuya grandiosidad reside en la capacidad de proyectarse en este mundo y de realizarse en él a partir de una firme voluntad de vivir. Ajenos a todo juicio adulto, cumpliendo con esa naturalidad espontánea que el zen procura, llama la atención cómo los niños de *La presa* se disputan el transporte del cubil con las deyecciones del piloto negro como si fueran un tesoro sagrado, o cómo juegan con el agua del río en *Arrancad* tras haber liquidado montones de animales muertos por la epidemia: «Pero al frotarnos los dedos, enrojecidos, hinchados y entumecidos por el frío, aparecieron entre ellos unos arco iris diminutos y efímeros, y los destellos del sol en el agua nos hicieron prorrumper en alegres risas» (Oé, 1958, p. 48).

La misma lozanía les permite organizarse en forma de clan y crear su propio proyecto de convivencia, no exento de conflictos pero siempre tremendamente mejor que «el mundo de ahí fuera». El nudo de la novela avanza cuando encuentran al soldado desertor de la Guerra del Pacífico, un cobarde según los adultos pero todo un héroe para los niños, debido a los conocimientos y la sabiduría que su madurez le otorga. Ante él no se sienten observados ni juzgados como ante el resto de adultos, aunque hay momentos de fricción cuando los niños descubren que la mentalidad del soldado no percibe la realidad de la misma forma que la infantil, tal y como sucede en el siguiente fragmento:

–Parece increíble que fuera de este pueblo haya una guerra, ¿verdad? –dijo Minami [...]

–La guerra terminará pronto –dijo el soldado–. Y la victoria será del enemigo. [...] En cuanto Japón se rinda, seré libre.

–¿Es que no eres libre ahora? En este pueblo puedes hacer lo que te dé la gana. Vayas adonde vayas, nadie te detendrá –le dije–. ¿No eres la mar de libre?

–Ni vosotros ni yo somos libres todavía –me respondió–. Estamos bloqueados.

–¡No pienses en lo que pasa fuera del pueblo! ¡No digas esas cosas! –exclamé, enfadado–. ¡Aquí podemos hacer lo que queramos! ¡No mientes a esos cabrones que se marcharon! (Oé, 1958, p. 138).

La conciencia del soldado, más formada que la de los niños por su edad y experiencia, le impide considerarse como ser libre en una aldea en cuarentena, mientras que para los niños la constatación directa de su libertad de movimientos, a pesar de hallarse encerrados, es suficiente para considerarse libres. En estos momentos Oé actualiza el sentido de la libertad para Sartre, concomitante con la de los niños y con la del soldado a partes iguales, pues se trata de un valor que se halla recortado por la mirada y la acción del *otro* (tal y como la concibe el soldado) pero que no ha de impedir la libre aserción de la conciencia en el mundo, la formulación de un proyecto propio, habiendo conocido los límites de nuestra posibilidad de acción (tal y como la conciben los niños). Los niños de *Arrancad* son mirados, juzgados y cohibidos por los adultos, e incluso en ocasiones se juzgan entre ellos mismos. De la conjunción de las ópticas de los niños y del soldado se ensambla la libertad existencialista, asunto que Oé no dejó de trabajar en su labor como novelista. Lo cierto es que en esta etapa preexistencialista no existe ni la más mínima opción para una vida en plena libertad, algo que sí ocurrirá en su etapa posterior. En estas novelas los aciagos desenlaces impiden una visión optimista de la condición del hombre (y menos aún, en el Japón derrotado, si hacemos una lectura metafórica de las novelas): en *La presa*, el niño protagonista observará horrorizado cómo su *juguete*, el prisionero negro, le utiliza como barrera humana ante los ataques de los aldeanos que pretenden reducirlo y llevarlo a las autoridades. Como era de esperar, la falta de sumisión del soldado al final de la historia le cuesta la vida. En *Arrancad*, el protagonista es el único que se rebela ante la autoridad de los aldeanos cuando regresan al pueblo y piden a los niños que callen lo que ha sucedido si las autoridades llegaran a preguntarles. El niño logra escapar al bosque perseguido por el herrero, pero las últimas palabras, aunque esbocen un final abierto, parecen dejar pocas dudas de la muerte del pequeño héroe rebelde. En este punto, quien opta por definir en libertad su propia identidad y vida —como el niño protagonista o el soldado desertor— acaba siendo perseguido y con las vísceras derramadas: dramático epifonema del destino del hombre que escoge ser libre en condiciones de reclusión.

2.2. Imaginería corporal y sexual como base de la identidad existencialista

El existencialismo establecía el cuerpo como punto de partida en el proceso definitorio de la identidad propia. Tras tomar conciencia de su corporalidad, cada ser humano genera una esencia dependiendo del proyecto vital que deseara vivir; una elección que siempre es libre, sin importar que el individuo se halle en condiciones de libertad física o de encierro, porque la auténtica libertad reside en la conciencia, en el ser-para-sí. Se deduce entonces que el punto de partida de la conciencia es el cuerpo, una masa viscosa de contingencia natural que apenas se diferencia de la masa corporal de otros animales, y cuyo significado es nulo de por sí. Este esquema existencialista aparece representado en las primeras novelas de Oé por medio de la vinculación que existe entre el desarrollo de un proyecto en libertad y el precio físico, corporal, que se debe pagar por ello. Como Slaymaker (1997) destaca, en *Arrancad* lo físico está fuertemente relacionado con la exaltación existencialista de la libertad. Puede verse un buen ejemplo en el suceso ocurrido tras el frustrado intento de fuga del soldado desertor:

El desertor avanzaba con paso inseguro y temblaba levemente [...]. Vimos que [...] el tejido caqui de la camisa formaba una pequeña protuberancia a la altura de su vientre, donde estaba roto; aquella protuberancia se movía de un modo elástico y poco natural; los bordes del roto estaban rodeados por una amplia mancha de color pardo oscuro, y de él colgaba algo blando, rosado y húmedo, algo que reflejaba aquella luz débil (Oé, 1958, pp. 165-166).

Unas cuantas páginas más adelante, cuando los niños pueden ver la lanza con la que habían agredido al soldado en fuga, se especifica qué era exactamente esa *protuberancia*:

En la punta recién cortada de la lanza de bambú que aferraba con fuerza el puño derecho de un hombre alto y delgado, detrás del alcalde, había un pegote rojizo, y en la parte hueca se veían claramente restos de intestinos humanos [...]. Sólo los ruidos que hacían mis compañeros al vomitar interrumpían el silencio (Oé, 1958, p. 171).

El soldado elige, desde la libertad de su conciencia, escapar del arresto al que le imponen los aldeanos tras su regreso, pese al riesgo que suponía. El fragmento focaliza la exposición a los presentes de las vísceras y entrañas del soldado, el origen de su ser, el punto de partida de esa conciencia que le había llevado a adorar la libertad, y que no es otra cosa que su cuerpo abierto, desangrado, inmóvil ya y carente de la vida que lo animaba. Puesto que su libertad nacía de la conciencia, enraizada a su vez en el cuerpo, paga, como bien razona Slaymaker (1997, p. 171) con su propio cuerpo el precio de la libertad física. Esta unión indefectible entre el ser-en-sí (lo físico corporal) y el ser-para-sí era también la base de la experiencia de la *náusea* sartreana, experimentada cuando un individuo descubre que más allá de su ser no hay nada trascendental que le sustente y por tanto, el único componente de la realidad verificable es esa viscosidad de la existencia, la contingencia de la naturaleza que consiste en una materialidad absurda o *innecesaria*, según decíamos antes.

No ha dejado de llamar la atención la espontaneidad con la que Oé trata los asuntos sexuales en toda su novelística, hecho que sin duda revuelve las comedidas muestras sexuales de la sociedad pública japonesa y que revela, por otra parte, una actitud fiel al reflejo de la primera realidad del hombre: la naturaleza, tal y como predicó el existencialismo. Ya se ha señalado la repulsión de Sartre por lo natural, pues en sí carece de sentido, es *viscoso*, visceral (de ahí la importancia de las imágenes viscerales y tremendistas en gran parte de la literatura existencialista), carente de sentido. Solo la conciencia humana es capaz de dotar de razón y valor a la existencia. Este desprecio a la naturaleza se opone diametralmente a las consideraciones de la mentalidad tradicional japonesa, cuyo asiento sobre el sintoísmo trasciende en una mayor presencia de la esfera natural en la cotidianeidad japonesa, dotándole de una fuente inagotable de recursos artísticos e inspiración. Cuando en estas novelas de Oé se encuentra el existencialismo con la tradicional reverencia japonesa hacia lo natural, surge un pequeño conflicto entre sistemas de pensamiento que en parte vence el legado natural de la filosofía tradicional japonesa.

El autor aprecia las maravillas de la naturaleza, de las cuales los niños son un correlato y movido por tal apreciación practica un lenguaje descriptivo que al tiempo narra las cosas como si fueran descubiertas por primera vez. El niño es el filtro ideal para este pensamiento pseudomítico, y si acabamos de entender cómo su espontaneidad servía para afirmarse en el mundo, ahora comentaremos la visión epifánica infantil como una inclinación de Oé hacia el componente sintoísta de su cultura, en detrimento de su formación existencialista.

Acudiendo ya al texto literario, es justo destacar que la desesperanzada lectura, a veces agonizante, del estilo tremendista de Oé, se ve aliviada por ciertas epifanías que apuntan a lo sagrado en algunos pasajes. Son más frecuentes en la etapa preexistencialista, cuando Oé comienza a poblar sus pasajes de metáforas viscerales que definen un estilo *viscoso*, afín al existencialismo, pero que a diferencia de la madurez que supone *Una cuestión personal* se apoya en la infancia para librar al lector del desagradable efecto de absurdez y de la *náusea* propia de la literatura plenamente sartreana. La mejor manera de encontrar esta mezcolanza de estilos es acudir a los momentos epifánicos que suponen las escenas eróticas de las primeras novelas. La sexualidad, que será un campo de batalla predilecto para el existencialismo, es el rasgo intrínseco de los seres contingentes que permite su perpetuación en este mundo vacío de significado. En estas primeras novelas, Oé incluye liberalmente episodios de homosexualidad o incluso de negrofilia, si bien tales sustantivos resultan excesivos para calificar pasajes que relatan la infinita libertad con la que los niños abordan su propia sexualidad. El autor traslada con gran logro artístico la ingenuidad de las mentes infantiles cuando se enfrentan a las primeras experiencias sexuales, que constituyen todo un canto a la espontaneidad y sinceridad de la vida en naturaleza. Sirva como ejemplo esta sublime presentación del sexo en *La presa*, que narra el baño de los niños con su nuevo amigo negro:

Una vez desnudos como una bandada de pájaros, despojamos al soldado negro de sus ropas y saltamos todos juntos al estanque, salpicándonos unos a otros y lanzando gritos. La nueva idea nos encantaba. El soldado negro era tan alto que [...] el agua sólo [sic] le llegaba hasta la cintura. Cada vez que jugábamos a salpicarle, lanzaba un grito de pollo degollado, hundía la cabeza bajo el agua y permanecía así hasta que por fin aparecía escupiendo agua con un aullido triunfal. Chorreando y reflejando los rayos violentos del sol, el soldado negro, en su desnudez, era tan deslumbrante como el pelaje de un caballo negro; era de una belleza inigualable (Oé, 1957, p. 87).

La escena es seguida por una cópula infantil entre Morro de Liebre (uno de los amigos del protagonista) y una niña de la aldea. Al inocente tálamo acercan al compañero negro, el cual experimenta una erección: «tenía un miembro increíblemente soberbio, imponente, heroico y grandioso» (Oé, 1957, p. 88). Morro de Liebre, entre risas, idea entonces traer una cabra y sujetarle la cabeza para que el negro se desfagara, sin lograrlo. En esos momentos, la reflexión del niño trasluce un tratamiento bestial del soldado negro: «Aquel soldado negro era para nosotros una especie de magnífico animal doméstico, una bestia genial» (Oé, 1957, p. 89). De esta manera, se cumple una vez más un nuevo juicio coaccionador, limitador, aunque esta vez sea de los niños hacia el negro. Si observamos la estructura de *mise en abyme* comprobamos

que en realidad hay un juego reduplicado de miradas restrictivas: la de los niños sobre el negro, la de los adultos sobre los niños, la de las autoridades militares sobre los aldeanos del pueblo... El sustrato existencialista es evidente.

Semejante tratamiento casi redentor de la sexualidad se da en *Arrancad*, cuyo argumento favorece el libre desarrollo del individuo frente al *otro* amenazante, que en este caso son los adultos. Como en *La presa*, los niños exploran el sexo sin fronteras ni moralismos. Obviamente, sus actitudes son denostadas por los mayores cuando observan sus conductas: la historia comienza con el traslado de los niños en un carro del reformatorio al pueblo, y en una parada en el camino, algunos niños se bajan los pantalones y muestran sus genitales a los transeúntes, quizá como reacción a la curiosidad que despertaban al pasar: «Para ellos, éramos seres de otro planeta. Algunos de los nuestros se acercaron al seto y se pusieron de puntillas para mostrarles sus penes inmaduros, colorados como fresones» (Oé, 1958, pp. 7-8). Más explícito es el primer pasaje donde se nos presenta a Minami, personaje que actúa como contrapunto frente al líder protagonista. Destaca del resto en su primera acción pues, tras haberse encontrado un camión lleno de jóvenes cadetes del ejército, Minami admite que le incitan a algo más que a la admiración despertada en el resto de niños por la lozanía de sus cuerpos: «¿Sabes una cosa? [...] Si me lo pidieran, me acostaría con cualquiera de ellos a cambio de un poco de comida, aunque se me reventaran las almorranas y me dejaran el ojete hinchado y escaldado» (Oé, 1958, p. 18). El personaje de Minami exhibe sin pudor su tendencia homosexual, y protagonizará escenas vergonzosas de las cuales se jacta con un lenguaje carente de eufemismos. Incluso en una situación tan delicada como el retorno de los campesinos al final del libro, este niño no duda en reírse de ellos maquillándose el trasero con el fin de burlarse. Tampoco a Minami le importaba la «humillante postura» que según el narrador debía adoptar cada mañana para curarse:

Minami tenía que curarse el ano, ya que padecía una inflamación crónica como consecuencia de aquella generosidad que lo llevaba a sacrificarse por los demás [...]. Para tratarse la parte afectada, tenía que adoptar una humillante postura que recordaba la de un animal que estuviera defecando, pero si alguien se burlaba de él, se levantaba al instante y, con los pantalones bajados, la emprendía a golpes con el insolente (Oé, 1958, p. 52).

La sexualidad es su medio de expresión favorito, y lo demuestra incluso a partir del cariño del hermano del protagonista hacia su perro: «¡Mirad, mirad! [...] ¡Se ha pegado al perro y no lo quiere soltar! ¡Se le está poniendo dura la cosita de mear y se la va a meter al perro!» (Oé, 1958, p. 84). Su excitación ante actos que ni siquiera implican corporalidad es un indicio de cierta hipersexualidad: «—¿Se te ha puesto dura? —le pregunté, pues presumía de las tremendas erecciones que tenía cuando robaba. —¡Qué va! La tengo lacia como una muñeca de trapo» (Oé, 1958, p. 73). El personaje establece a partir de una corporalidad que le pertenece enteramente su identidad y, por su condición de huérfano y marginado, desconsidera prejuicios morales o sociales. Cumple así el cometido existencialista de forjar la identidad en una conciencia libre situada en un cuerpo físico. Como el soldado que acaba malherido por huir y querer disponer de su ser-en-sí en libertad, el caso de Minami

es un enraizamiento existencialista de la conciencia en el cuerpo físico humano, si bien disfruta de su propia condición corporal, que no le produce *náusea* alguna ni le repudia que esté compuesta por materia contingente, natural.

Al igual que sucedía en *La presa*, *Arrancad* también es lugar para muestras de sexualidad colectiva de carácter lúdico:

Hartos de jugar al salto, Minami y los demás formaron un corro, se bajaron los pantalones y dejaron que el sol y el viento acariciaran sus genitales. Sonaron risas obscenas y alaridos escandalizados. Sus penes se ponían lentamente en erección iluminados por el sol, volviéndose a ponerse flácidos y se empinaban de nuevo. Aquel movimiento autónomo de sus genitales, que carecía de la vehemencia del deseo o de la lasitud del placer satisfecho, duró largo rato y fue contemplado por todos. Pero tampoco era divertido (Oé, 1958, pp. 81-82).

En esta novela, el descubrimiento de la práctica del coito es uno de los momentos climáticos. Protagonizado por el narrador y la niña que los aldeanos dejaron abandonada en la aldea, el coito permite al niño en su iluminadora brevedad descubrir una nueva parte de sí mismo: «una intensa sensación, llena de dulzura, iba creciendo en lo más hondo de mi ser. Subí la cuesta corriendo con los ojos llenos de lágrimas y haciendo visajes para que no me corrieran por las mejillas» (Oé, 1958, p. 114). De nuevo el sexo y la experiencia corporal vehiculan el autoconocimiento.

Hasta aquí, la sexualidad ha permitido a Oé incidir en el aspecto corporal y carnal de la existencia y ha demostrado la espontaneidad del niño, pequeño héroe existencialista, si entendemos que desarrolla su proyecto vital ignorando el juicio de los adultos, que siempre ejercen la coacción sobre él. Sin embargo, los niños carecen de conciencia sobre su propio estado de prisioneros, condición que llegan a olvidar prácticamente desde que se hacen dueños de la aldea. Tanto esta ignorancia de la situación de cercamiento en la que el ser humano se halla en este mundo, como este uso positivo, espontáneo y festivo del sexo acabarán su andadura literaria en el existencialismo pleno de Oé, iniciado a comienzos de los años 60, con la publicación de *Cuadernos de Hiroshima* y, especialmente, la de *Una cuestión personal*. También en esa nueva etapa, el existencialismo de Oé, en sintonía con el japonés de la posguerra, desarrollará una especial incidencia en el aspecto sexual del ser humano y en los asuntos carnales, bien que abandonen la fresca espontaneidad que caracteriza a los pasajes sexuales de la etapa preexistencialista. En *La presa*, el sexo es una actividad más de la cotidianeidad infantil y ocurre lo mismo en *Arrancad*. Oé aprovecha la verosimilitud que le brinda la vitalidad infantil para desarrollar el campo de pruebas de una sexualidad libre de enjuiciamientos previos.

Conclusión

El cuerpo filosófico del existencialismo llegó a Japón en un momento histórico clave, cuando la clase intelectual japonesa, tras los traumas causados por el conflicto bélico, necesitaba encontrar soluciones en las doctrinas occidentales, más allá del desolado páramo japonés de la posguerra inmediata. En su configuración francesa de medio siglo, el existencialismo francés se asimiló de forma gradual por los literatos del momento, aunque nosotros nos hemos centrado en el caso de Oé y su etapa

preexistencialista, en la que se puede observar ese proceso de adaptación de forma clara. Igual que a los pensadores japoneses del momento, el existencialismo sirve a Oé para configurar la identidad individual mediante unos parámetros nuevos, de naturaleza corporal y física, desde los que partía para constituirse como una conciencia en libertad que elige su propio proyecto vital. Como hemos visto, Oé no asimila en esta etapa preexistencialista (ni tampoco, podemos adelantar, en la siguiente) la totalidad del credo sartreano que, como es sabido, denostaba el componente natural de la experiencia humana por ser el nivel más básico de la existencia y mero soporte para desarrollar la conciencia humana.

Como estética, el existencialismo inspira en Oé crudas descripciones de los objetos corporales, y en ocasiones trasciende la rudeza del cuerpo físico para narrar lo más visceral en un ejercicio que resulta tremendista. Parejo a ello, la sexualidad, componente natural del ser humano, no es como en el existencialismo sartreano un sistema de reproducción aborrecible en tanto perpetúa este mundo contingente, sino que en la visión de los niños de sus primeras novelas, pequeños héroes existencialistas, actúa de catalizador de redenciones y de autodefinición identitaria, pues permite a los protagonistas disponer libremente de sus cuerpos y manejarlos según sus deseos. Sin embargo, los niños carecen de auténtica conciencia sobre su propio estado de prisioneros, condición que llegan a olvidar desde que liberan periódicamente al soldado negro para invitarle a sus juegos, en *La presa*, o se hacen dueños de la aldea, en el caso de *Arrancad*. Tanto la ignorancia de la situación de cercamiento en la que el ser humano se halla en este mundo, como el uso positivo, espontáneo y festivo del sexo continuarán como temas recurrentes en las siguientes novelas de Oé.

Finalmente, las dos obras analizadas acaban con la definitiva imposición del juicio del *otro* adulto, que marca el fin de una libertad simulada para expresar la verdadera condición confinada del ser humano y de la nación japonesa, condición de la cual el existencialismo francés permitió parcialmente escapar.

Notas

- ¹ Manuel Yang (1999, p. 2) ha observado la adecuación de la literatura de Oé a los tiempos de la cultura posmoderna, al menos en su volición de trascender fronteras y límites.
- ² El emperador Hirohito firmó la rendición de Japón el 15 de agosto de 1945 y, poco tiempo después, como requisito del tratado de paz, fue obligado a reconocer que no procedía de un linaje divino, como marcaba la corriente estatal del sintoísmo japonés.
- ³ La infancia, la pubertad, e incluso la adolescencia (*Seventeen* es el título de una novela acerca de un adolescente seducido por la seguridad y la autoafirmación que ofrecen la doctrina ultraderechista) son las épocas vitales preferidas por Oé en esta etapa preexistencialista, pues se trata de un período donde el aprendizaje resulta más sencillo y se producen grandes avances en la forja de la personalidad. A diferencia de *Una cuestión personal*, la novela más relacionable con el canon de la novela existencialista sartreana, el protagonista no es un individuo sino un colectivo. Tampoco es un joven cerca del final de la veintena, sino un grupo de niños. Estas diferencias definen algunas peculiaridades estructurales de las novelas preexistencialistas de Oé frente a las propias de su etapa existencialista posterior, que sin embargo comparten, estructuralmente, la articulación de un proceso de aprendizaje. La resolución de esta estructura, no

obstante, es de nuevo diferente en la etapa preexistencialista. Si *Una cuestión personal* culminará con el arrepentimiento del protagonista, que decide volver a la clínica del abortista para recuperar a su bebé y así abrir una puerta a la esperanza, en *La presa* o *Arrancad* la estructura interna se cierra con un final fatídico: la muerte de algunos de los protagonistas y la inevitabilidad de su condición de encerrados o aislados. Además, es factible hacer un símil entre esta preferencia por las etapas de transición y el propio Kenzaburo Oé o, si se quiere, la nación japonesa entera, que acababa de atravesar un desastre bélico sin precedentes y se encontraba en toda una transición hacia algo nuevo que, en 1957 –fecha de *La presa*– aún no había acabado de consolidarse. Las premisas para los nuevos tiempos que Oé enarbolará serán la libertad y la paz, frutos de su aprendizaje existencialista, constituyendo una causa por la que continúa luchando en la realidad del Japón contemporáneo.

Referencias bibliográficas

- Chaitin, G. (1998). Otredad. La literatura comparada y la diferencia. En M.J. Vega y N. Carbonell (Eds., 1998). *La literatura comparada. Principios y métodos* (pp. 145-165). Madrid: Gredos.
- Claremont, Y. (2009). *The Novels of Kenzaburo Oe*. Oxford: Routledge.
- Elders, L. (1977). *Jean Paul Sartre: El ser y la nada*. Madrid: Magisterio Español.
- Falero, A. (2007). *Aproximación al shintoísmo*. Salamanca: Amarú.
- Oé, K. (1957). *La presa*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Oé, K. (1958). *Arrancad las semillas, fusilad a los niños*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Slaymaker, N. (1997). *Japanese Literature After Sartre: Noma Hiroshi, Kenzaburo Oe and Mishima Yukio*. Washington: UMI.
- Yang, M. (1999). Familial Autobiography and the World: A Review Article of Work by Kenzaburo Oe. *CVC Web: Comparative Literature and Culture*, 1 (3), 251-255.

Perfil del autor

Benito Elías García-Valero es profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Alicante, España. Es doctor en Estudios Literarios con una tesis sobre realismo mágico en la literatura de Kenzaburo Oé y Haruki Murakami, y también ha publicado estudios sobre mitocrítica y las relaciones entre literatura y ciencia. Su última publicación se titula *La magia cuántica de Haruki Murakami. Las novelas del autor y la ciencia: ficción, era digital y física cuántica* (2015).

Abstract

The article analyses the influence of Sartrean existentialism in two of Kenzaburo Oe's early novels: *Price Stock* (1957) and *Nip the Buds, Shoot the Kids* (1958). The intellectual sector in the Japanese post-war period enthusiastically received the ideas of French existentialism, but adjusted it to the specifics of Japanese culture and religious beliefs, for which Buddhism and Shintoism played an essential role. In this paper, we analyse how Oe includes elements of his cultural tradition when assimilating existentialism, a movement only partially practiced during his early literary period. This particular practice involves the use of nature and sexual images more in line with Shintoist vitalism than with Sartrean philosophy.

Keywords

Comparative literature, existentialism, Kenzaburo Oe, postwar, body

要旨

この論文では、大江健三郎の初期の2作品—『飼育』(1957)と『芽むしり仔撃ち』(1958)—に与えた、サルトルの実存主義の影響について考察する。戦後の日本では、知識人が強い興味を持って実存主義思想を取り入れたが、一方で、その思想は仏教や神道が根付いた日本の文化的、宗教的な考え方に適用される必要があった。本稿では、実存主義思想の影響を受けつつある大江が、執筆の中で、どのように日本の伝統的な要素を取り入れているかを分析する。作品に描かれた自然や性のイメージは、サルトル思想より、神道の精神を受けているといえるだろう。

キーワード

比較文学、実存主義、大江健三郎、終戦後、肉体